

Connaughton, Brian, *Ideología y sociedad en Guadalajara (1788-1853)*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1992, 468 p. (Colección Regiones)

De gran importancia ha sido la labor realizada por el CNCA, a través de su colección *Regiones*, para la difusión de estudios sobre las diversas áreas geográficas de nuestro país, casi todos ellos de tema histórico. La obra que

ahora reseñamos es una de las más claras exposiciones sobre un proceso desarrollado en un ámbito regional: Guadalajara.

Brian Connaughton nos relata las transformaciones de la ideología clerical en Guadalajara frente a la embestida de la modernidad, primero ilustrada y luego liberal. Es cierto que la Iglesia católica tenía como prioridad su subsistencia como corporación privilegiada frente a la modernización iniciada por los monarcas borbónicos y sus ministros. Sin embargo, también estaba consciente de que dicha modernización prometía beneficios de orden material para la región de Guadalajara, lo cual significaba “mayores ingresos, no sólo para los particulares y el Estado, sino para la misma Iglesia”. El autor hace notar que la mayor parte del clero en esa región era precisamente originaria de allí, de manera que estaban sumamente interesados en el desarrollo local. La Iglesia también participó, y activamente, en pro de la autonomía de la región de Guadalajara recordada como una de las artífices del primer federalismo mexicano.

La principal tendencia de la modernidad impulsada por el Estado (borbónico o liberal) fue su propio fortalecimiento frente a los cuerpos sociales que pudieran disputar su soberanía. La Iglesia era no sólo la principal corporación de los dominios hispánicos, sino que además compartía con la Corona el ser uno de los pilares del edificio social. Por esta razón, afirma el autor, los ministros eclesiásticos se sabían importantes para el buen éxito de cualquier reforma social. La situación cambió cuando la independencia rompió el otro pilar —la monarquía— y lo sustituyó con un Estado fundamentado en la soberanía popular. El papel de la Iglesia en Guadalajara no cambió radicalmente hasta que el Estado mostró su radicalización y su abierta opción secularizante, pero, contra las visiones clásicas sobre la participación política de la Iglesia en México, su actitud no fue reaccionaria. Al contrario, procuró algunos elementos novedosos para defender su posición corporativa privilegiada. Tal es la principal tesis del libro: la Iglesia disputó al Estado la supremacía social con un argumento empleado por él mismo: se atribuyó la representación del pueblo. En efecto, si la población mexicana seguía siendo fervientemente católica, no tenía porque oponerse a la supervivencia corporativa de la Iglesia. Con todo, las tendencias modernizadoras y secularizantes que el propio clero ayudó a realizar en un principio, terminaron imponiéndose.

Se trata de un estudio de la ideología clerical a través de su discurso. Las fuentes que emplea son principalmente los sermones impresos a lo largo de los sesenta y cinco años que estudia. El análisis del discurso y sus transformaciones permiten al autor seguir el curso de la ideología clerical, su coherencia y sus contradicciones. A través de sermones y

otro tipo de impresos se pueden ver, incluso, las divisiones dentro de la Iglesia. Nos parece que, en este caso, las fuentes empleadas por el autor sólo muestran una mínima parte del conflicto entre algunos sectores y personajes del clero de Guadalajara. Quizá el empleo de algunos otros materiales pueda arrojar más luz al respecto.

Uno de los aspectos más interesantes del trabajo de Connaughton es, precisamente, la posición que diversos individuos o grupos, dentro de la Iglesia, adoptan frente a la modernidad. Así, en el capítulo 3, el autor analiza el discurso de la jerarquía eclesiástica de Guadalajara ante el movimiento insurgente y su clara oposición al ideario de Hidalgo y de Morelos. También nos muestra la otra cara: la adhesión de algunos individuos de la Iglesia, como Severo Maldonado, a favor de la revolución. Sería interesante saber cuál fue la postura de la alta jerarquía católica en Guadalajara frente al liberalismo peninsular. Tal vez una búsqueda en otro tipo de documentos pudiera responder esta interrogante.

Quizá una de las principales virtudes del libro de Connaughton sea el no detenerse ante las tradicionales divisiones cronológicas, convencionalmente establecidas, entre la época virreinal y la independiente. Para el caso que él estudia—y nos preguntamos si será así para otros problemas—esos límites se quedan chicos. El proceso modernizador—secularizante y acreedor del poder estatal—se inició bajo la monarquía borbónica y continuó con los gobiernos constitucionales del siglo XIX. La respuesta de la Iglesia se dio también durante este largo periodo. Sin embargo, lamentamos la poca atención que se da a la época virreinal en contraparte a la independiente.

En conclusión, el estudio de Brian Connaughton revisa un aspecto importantísimo de la historia mexicana: la actitud de grupos corporativos tradicionales ante los procesos modernizadores. Sería muy interesante saber si la actitud de otros grupos fue similar a la de la Iglesia de Guadalajara y cómo ocurrieron estos procesos en otras regiones.